

Un recuerdo del maestro Guillermo Valencia

Escribe: EDUARDO CARRANZA

En el más hermoso sitio de la campiña payanesa se alza la mansión señorial de Valencia. El río Cauca arrastra, cerca, su crespó y raudo caudal. Los robles ponen una nota solemne y viril contra el verde tierno, eglógico, casi femenino de la pradera. A lo lejos levanta Popayán su dulce y grave fisonomía de piedra bajo el vuelo de las campanas y las palomas. Allí el lánguido hechizo del clima invade las venas del cuerpo y del alma con un suave poderío. En la distancia, arroyos tranquilos humedecen de cielo la breve llanura maravillosa.

La luz alcanza, a veces, una mágica transparencia. Y el ámbito es tibiamente dorado, delgado, poético. Se piensa en la campiña florentina por donde avanzó Beatriz precedida por "las arpas voladoras".

En los anchos corredores de la casona hay trofeos de caza y nobles oleografías. Allí transcurrieron, en tibia atmósfera silenciosa, los años creadores de Valencia. Allí se escribieron muchas de sus páginas imperecederas. Presiden la sala de estudio las imágenes de César y Nietzsche.

En un amplio salón están los retratos de los abuelos: caudillos militares y conductores civiles, prelados y guerrilleros, finos letrados y tormentosos políticos, satíricos y elegíacos, gentes para el éxtasis, la acción y la poesía.

La raza de Valencia parece haber vivido en una permanente y encendida tensión del espíritu.

Viene la tarde de Popayán como un ensueño violeta. Las colinas se dibujan puras y eternas en el sereno azul. Se escucha el vuelo de las almas. Entonces el poeta paseaba entre la fuerza de los robles y la ternura de las azaleas musitando:

*Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más,
fugaz momento palpitante,
de una amorosa intensidad.*

*Se aterciopelan las ramajes,
pulen las torres su perfil,
burila un ave su silueta
sobre el plafondo de zafir.*

*Muda la tarde se concentra
para el olvido de la luz,
y la penetra un don süave
de melancólica quietud.*

*Como si el orbe recogiese
todo su bien y su beldad,
toda su fe, toda su gracia,
contra la sombra que vendrá.*

*Mi ser florece en esa hora
de misterioso florecer;
llevo un crepúsculo en el alma
de ensoñadora placidez.*

*En él revientan los renuevos
de la ilusión primaveral,
y en él me embriago con aromas
de algún jardín que hay más allá.*

Recuerdo que Valencia me obsequió con este poema autógrafo.

En ese prestigioso escenario, conocí a Guillermo Valencia en diciembre de mil novecientos treinta y cinco. El Maestro me favoreció desde entonces con una especial y generosa amistad, que años después languideció a causa de algunos incidentes polémicos.

¡Días dorados! Yo había publicado mis primeros versos entre el fervor de algunos amigos y la furia o la risa de otras gentes. Era el impetuoso amanecer de la primera juventud. Era el éxtasis de la inicial efusión literaria. Visité a Valencia en compañía de Jaime Paredes, Alejandro Valencia y Elías Salazar García. Nos acompañaba —jinetes los cinco, de Popayán a Belalcázar— su hijo Guillermo León. Teníamos veinte años. Acaudillábamos un fogoso movimiento juvenil de tipo nacionalista y bolivariano. Y escribíamos el semanario "Derechas", de tan romántica memoria. Descabalgamos. Valencia nos recibió en el primer descanso de la amplísima escalera. Me tendió sus bellas manos y recuerdo exactamente sus primeras palabras: "¡Amigo, me dijo, nuestras amadas musas siguen fulgurando! He leído algunas cosas tuyas", añadió gentilmente, y nos ofreció la casa con su elegante ademán hospitalario de castellano viejo. Fuimos a la biblioteca llena de sombras insignes y de prestigiosos recuerdos. En una copa de oporto cantaba el ruseñor del vino. Se habló de toros, de literatura, de política. Valencia, lo sabe todo el mundo, era dueño de la más seductora conversación: voluble, vivaz, radiante, hecha de má-

gicos recursos, de fulgurantes réplicas, de síntesis felices, de encanto anecdótico, de intenciones cáusticas. Poseía, además, el dón de la caricatura verbal y era un insuperable acuñador de frases metálicas, de sutiles definiciones, de retratos ingeniosos, de paradojas y de las más expresivas y plásticas comparaciones. Entre la majestad de sus palabras brillaban vetas de ironía, de llaneza, de fantasía.

De pronto exclamó —entre amable, olímpico y burlón— volviéndose a mí: “Parece que entre los más jóvenes se hacen muy serios reparos a mi estética”. (Algo había escrito yo sobre el riesgo y ventura de la retórica parnasiana).

—“Se dice, Maestro, le contesté, con juvenil audacia, que hay en su poesía un exceso de elementos culturales, de cautela y de contención que la tornan fría e impávida”.

—“Amigo, me dijo levantándose rápido y leonado: en las más altas cumbres hace frío”.

Yo pensé en el encanto de las tierras templadas, en el dichoso país del verano, pero nada acerté a contestar. Me sentía semejante al galán baudeleriano de la Giganta, “como pobre aldehueta al pie de una montaña”.

Luego salimos al campo. Y ¡cabalgamos, orillas del Cauca! Caía la indecible tarde de Popayán. “Yo tenía veinte años y un lucero en la mano”. La vida como una doble alondra transparente cantaba a la altura de nuestros oídos. La juventud, como una savia azul me maduraba el corazón. ¡Galopamos, orillas del Cauca! ¡Praderas de Jenagra y Jenagralta! ¡Cielo atardecido de Popayán! Palpitaba ya el primer lucero entre “torbellinos de nácar”.

*“Y nos llegaba el pulso de la tierra
en el tranco ligero del caballo”.*